

Relato para los niños-3. Tercera Época Trinitaria. El camino del Hombre. De San Juan hasta Micael.

Queridos niños, queridas familias, queridos amigos.

En el anterior escrito, os sugerí descubrir los nombres de los doce discípulos de Jesús. ¿Quién de vosotros sabe algunos de sus nombres?

—Yo, yo...

—Uno se llamaba Pedro, otro Juan,

—También, Felipe, Andrés. Mi maestro de la escuela se llama Santiago, como uno de ellos.

—¡Ala! Mi vecino también se llama así y tengo un amigo, que se llama Tomás, creo que como uno de ellos. Habían otros nombres raros, que nunca había oído...me cuesta decirlo. Uno, empezaba por Ba... Barba... ¡no me acuerdo!

—Quieres decir, Bartolomé. ¡Qué bien! Tenemos ya los nombres de siete de los discípulos de Jesucristo y nos faltan unos cuantos. Os propongo que lo pospongamos para dentro de una semana. Los escribís en una hoja y os será más fácil recordarlos. Cuando tengamos todos los nombres, os contaré una anécdota en este camino que recorrieron los discípulos de Jesús.

Llegó un momento a lo largo de todas las venturas, que compartieron que él les llamó apóstoles y más adelante amigos. Estos relatos nos acercan también a lo que anhelamos, que
ÉL SEA NUESTRO AMIGO, NUESTRO MAESTRO, NUESTRO GUÍA.

Esto nos lleva a retomar parte de las etapas que recorreremos durante el verano hasta llegar a la celebración de otoño: la fiesta de la cosecha.

Estamos todos invitados a participar de esa festividad y para ello hemos de prepararnos.

—¿Qué soléis hacer cuando un amiguito os invita a su cumpleaños?

—No siempre te invitan —me diréis alguno—. Cuando lo hacen me pongo muy contento y siempre son amigos. La invitación la engancho en mi puerta para que no se me olvide. Y luego pienso que le voy regalar.

—¡Sí! a mí, me pasa igual. Me gusta dibujar y hacer los regalos yo!

—¡Sí, sí!, yo también...

—¿Y cuándo invitáis vosotros?

—Elijo quién quiero que venga, yo tampoco invito a todos. Con mamá y papá pensamos que haremos esa tarde. Me encanta organizar fiestas. El pastel, la comida, los juegos, a veces hasta he preparado un regalillo para cada uno. Me lo paso genial! ¡Casi prefiero invitar a que me inviten!



—Pues, como queremos ser dignos de poder participar a la fiesta de otoño, hemos de ver también cómo prepararnos a lo largo de estos meses para ese evento.

Juan el Bautista con su mensaje, su actitud, nos invita a seguir sus pasos. ¡Muchos en aquellos tiempos venían a recibir el bautizo de sus manos y a escuchar sus palabras!

Han pasado unos 2000 años desde entonces y su mensaje es muy actual. Escuchad lo que sigue, y acompañadme en este viaje, puede que descubráis unos pasos a dar en esta preparación!

El día amanecía claro y despejado. Después de tantos días de tormenta y lluvias se agradecía que el alba prometiera sol y calma. Sí, habían sido días difíciles, acompasados por las aguas torrenciales que caían del cielo. ¿Qué había ocurrido para que todos los discípulos de Juan se sintieran apesadumbrados y profundamente desconcertados? Su maestro había sido arrestado y echado a la cárcel. Sus palabras irritaban a muchos, los sacaba de su comodidad, ponía en tela de juicio sus ideas, tambaleaba lo que hasta ahora les daba seguridad. Era claro, directo y por encima de todo buscaba:

“Desvelar las falsedades de los corazones y
desbrozar la senda para el que es
«la Verdad, la Luz y el Camino»”.

Andrés había sido discípulo de Juan, quien le había preparado para luego seguir al Gran Maestro. Recordaba el momento en que viendo a un hombre que pasaba cerca de donde bautizaba, este lo señaló y le dijo:

“Aquí viene
«la ofrenda de Dios, el Cordero para la redención de la humanidad».
Es Él del que tanto os he hablado, «Él era, es y será».
Él es antes que yo y no soy digno de atarle las sandalias. ¡Síguelo!”



Y así lo hizo...

Pasó un tiempo con Jesús, compartiendo su morada, luego, regresó a su vida habitual. Al poco tiempo, él mismo, le llamó y le dijo:
—Sígueme, haré de ti un pescador de almas. Verás en la tierra las estrellas del cielo.
En ese momento no había entendido lo que le quería decir pero no dudó un instante y le siguió, llevando con él a su hermano Simón-Pedro.

Y, ahora, lo que estaba pasando desde el encarcelamiento de Juan le tambaleaba como a los demás...

—¿Cómo entenderlo, cómo acoger esta noticia sin dejarse invadir por el dolor y la frustración?
Los recuerdos emergían, sin él poder impedirlo.

Recordaba: «de niño, el mundo estelar me fascinaba. Cuando acompañaba al padre y los hermanos a pescar, esperaba impaciente

despertar antes de que despuntara el alba para bañarme en sus cielos estrellados. ¡Era una experiencia inolvidable! Cuando no salían a pescar, me quedaba absorto mirando la bóveda celeste y sus jardines. Mi corazón se llenaba de asombro y reverencia. ¡Qué bello! ¿Quién ha creado estos bellos jardines celestiales?, me preguntaba. ¿Quién vive allí arriba? ¡Cuánto me gustaría estar allí!

Padre, cuéntame de nuestro pueblo de su historia y sus profetas, le pedía a padre sin cansarme».



La humilde familia de pescadores en la que había nacido, conocía la historia de su pueblo y sus grandes patriarcas. En el templo y en los hogares se recordaba una y otra vez el camino del pueblo de Israel desde Abraham hasta José y la vuelta de Egipto.

Lo había escuchado tanta veces, pero no se cansaba de atender a su padre con su voz tranquila, y profunda. Su alma se hacía grande como el horizonte en el mar y a veces le parecía que su cuerpo era demasiado pequeño para abarcar tanta amplitud. Uno de los relatos que más le entusiasmaba era **la vida de Jacob hijo de Isaac y Rebeca**. Él, Jacob, había visto una escalera que unía cielo y tierra y por la cual subían y bajaban ángeles del cielo... Esa noche, bajo un cielo estrellado difícil de describir, Jacob había luchado toda la noche con el ángel del señor hasta quedar los dos exhaustos. Esa noche, recibió su nuevo nombre Isra-el y más tarde fue el progenitor de doce hijos, doce representantes de las doce constelaciones, las doce tribu de Israel.

A menudo se preguntaba:

—¿Cómo llegar a ser digno de mi pueblo? ¿Qué he venido yo a traer? Abraham, Moisés, José. todos han sido protagonistas de grandes pasos para nuestro pueblo.. —esa pregunta vivía con él y no le dejaba reposo. Le inquietaba no descubrir que podía aportar para ayudar a la venida del Mesías.

Solo la mirada elevada al mundo estelar y abierta a la inmensidad del mar le aportaban sosiego. Intuía, que algo grande se estaba preparando pero no podía expresarlo en palabras.. hasta ese encuentro, y esa llamada.

Sígueme, llegarás a encontrar las estrellas del cielo en la tierra.

Ese día lo dejó todo: redes, barcos y su trabajo como pescador para ponerse al servicio del que había esperado, del que Juan le había hablado sin descanso.

Su hermano Simón, también, lo dejó todo para seguir sus pasos y llegaron a ser 12 los que reconocieron que Él era el Ungido.

¡Dudas! Hubieron muchas.

—¡Cuántas noches pasadas en vela!, pensaba, en las que mi corazón luchaba como Jacob buscando permanecer en la esencia y transformando las dudas en certeza y fé. Aún no estoy a

salvo de esas luchas —se repetía—. Solo sus palabras, sus enseñanzas despejan la niebla que llega a cubrir mi corazón, afianzando las raíces que crecen con fuerza, anclándose en su ser. ¡Hay tanto que aprender! —se repetía a sí mismo.

Y recordó **una parábola que en la intimidad de sus veladas Jesús les contó:**

“Había en un país lejano un gran rey, sus bienes eran difíciles de enumerar, pues, abarcaban grandes comarcas en las cuatro direcciones norte, sur, este y oeste. Dos hijos alegraban su vida.

Una mañana el menor fue a hablar con su padre:

—Padre, quiero conocer el mundo más allá de los límites de tus tierras, dame el bien que me corresponde como herencia y déjame ir.

El padre no lo dudó ni un instante y se dispuso a entregarle lo que le pertenecía.

El mayor presenciaba, sorprendido la escena y pensaba:

—¡Qué cosas se le ocurre a mi hermano! Aquí lo tenemos todo; yo, nunca marcharía y dejaría las tierras familiares para descubrir nuevos mundos. ¡Es arriesgado! —Y lo miraba extrañado y con algo de condescendencia.

Al día siguiente el joven se puso en camino, llevando con él todo su legado. Cruzó las tierras de su padre hasta alcanzar sus límites,

—¡Qué bien! —se decía a sí mismo. Por fin, ¡libre! Me siento fuerte y poderoso. Lejos de casa, nadie que me vigile, voy a poder hacer lo que quiero. ¡Qué suerte tener una herencia que me da tanto poder!

Y llegó a la primera ciudad. Todo era nuevo para él, los edificios, las casas de huéspedes, las tiendas. Su alma se sentía atraída por todo.

—¡Cuán diferente es la vida aquí que en casa!. Tanto bullicio no me es habitual, —se decía a sí mismo— la gente parece feliz, y viste ¡tan diferente! Lo primero que voy a hacer es cambiarme de ropa y vestirme como ellos.

Así que, fue a comprarse unos trajes que le asemejaban a todos los demás. Pasaba más desapercibido.

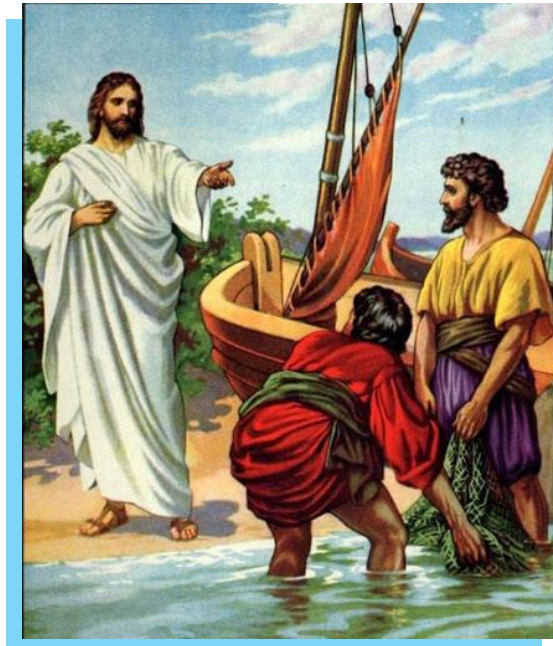
Viajó por muchos lugares, despilfarrando sus dones y bienes. ¡Todos le apreciaban! Era tan generoso, compartía lo que tenía sin ninguna medida.

Nunca había visto mujeres ataviadas como las que habían en las ciudades. Nada que ver con las que había visto en su país. Los hombres y las mujeres de estas ciudades le alteraban los sentidos.

Poco a poco, aunque en un principio le parecía todo ajeno, fue acostumbrándose a esa nueva vida, olvidando hasta de su país de origen. Su padre, su hacienda, su hermano quedaban enterrados en un pasado lejano.

Todo era jolgorio y fiesta, pasárselo bien y tener placer... Lo que traía, se lo gastó hasta que no quedarle nada de lo recibido.

Entonces, se encontró, que para seguir viviendo, tenía que pedir ayuda y acudió a sus amigos: Llamaba a sus puertas:



—Amigos, por favor, dejadme un sitio para dormir.

Una tras otra fue llamando a sus puertas. No sirvió de nada que insistiera, que les recordara lo bien que se lo habían pasado juntos.

Todos mantuvieron sus puertas cerradas, se habían olvidado de su "generosidad". Más bien se decían:

—Mirad le, tanto presumir, y ahora allí está, tirado, sin nada... haber sido más prudente — comentaban entre ellos— Un hombre arruinado no interesa a nadie.

Esto le llegó a enfadar mucho, pero ¿de qué le servía:

—He marchar de este lugar y encontrar otro paradero donde no me conozcan —se dijo.

Y se puso de nuevo en camino hacia una región desconocida.

El hambre le acechaba y en cuanto pudo, buscó trabajo.

Lo único que le ofrecieron fue cuidar una piara de cerdos. Por lo menos, tenía un rincón en el pajar para dormir y algo para comer. Sus amos, no es que fueran muy generosos, le daban lo justo y menos, aún.

Pasaron las semanas, los meses, una sequía importante acecho todo el país, acarreando hambruna y desolación.

Estas horas de soledad y de hambre, acompañado solo por los animales que él cuidaba, le hizo reflexionar:

—Estos animales comen a diario las bellotas que caen al suelo. A pesar de que cumplo con mi trabajo, mi amo me da lo mínimo y menos, aún. Y ahora con esta hambruna, ya es que no recibo nada. He de alimentarme de bellotas con los cerdos que cuido.

Su mirada se volvió hacia sus años de riqueza, las fiestas que organizaba y las cantidades de "amigos "que parecía que tenía:

—¡Qué desperdició! —se decía a sí mismo—. ¿Qué he hecho? Recibí una dote importante y la he despilfarrado a todo viento. Dónde están los atuendos que me daban poder y amigos. Solo llevo harapos y las sandalias se me caen a trozos...

Los recuerdos de su país de origen emergían con fuerza, el corazón compungido, seguía reflexionando:

—Mi padre tiene grandes tierras y todos sus trabajadores reciben un trato digno y respetuoso. Y yo aquí, vivo como un miserable.

Sentía dolor y vergüenza por cómo había tratado los dones recibidos, por sus hacer...

—Voy a regresar a casa... pediré a mi padre que me acoja y me dé trabajo como a cualquiera de sus sirvientes. ¡No puedo llamarme hijo suyo! —se repetía.

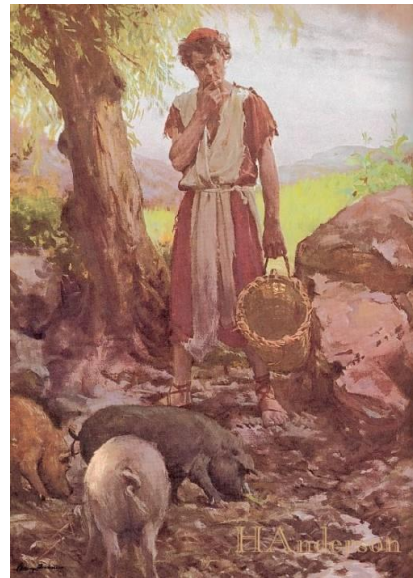
Se puso en camino recorriendo todos los lugares donde había estado anteriormente. Volvía a su mente lo que había vivido en cada lugar y cuanto más avanzaba más se intensificaba su malestar y su arrepentimiento.

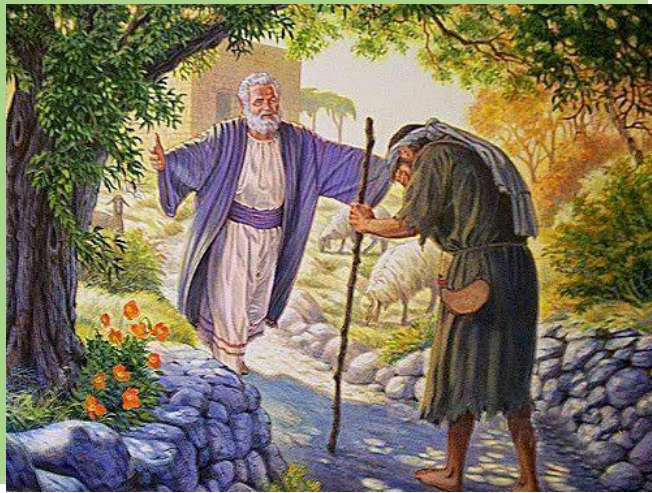
—¿Cómo pude creer que eso mandaría felicidad y bienestar? —se repetía una y otra vez—.

¿Estará dispuesto mi padre a aceptar mi regreso? —se preguntaba—. Mejor servirle a él, que volver a pasar por tanta desgracia —se decía a sí mismo.

Conforme se acercaba a los límites de las tierras de su padre, sentía como se mezclaba la alegría de volver al hogar y el peso de su obrar. El sudor le caía por la frente y se sentía cansado.

—¿Y, si no quiere ni verme? —se preguntaba con cierta angustia. Estaría en su derecho, vuelvo con las manos vacías y el corazón apenado y arrepentido. Y se paró un momento para retomar aliento.





Mientras tanto, ya en la lejanía, el Padre vislumbraba el regreso de su hijo. Una profunda alegría y gratitud embargaba su ser.

—El que estaba perdido, regresa a casa —pensó.

Sin perder un minuto, se puso en camino para recibirlo.

Cuando el hijo lo vio, exclamó:

—Padre, Padre, repetía... he errado una y otra vez. —

Sollozando, y apesadumbrado no se atrevía a mirarle a los ojos—.

Acéptame como un sirviente más y no soy digno de que me llames

hijo. Dame trabajo y cobijo, decía con voz quebrada.

El padre no contestó, lo abrazó con gran dulzura, estrechándole en sus brazos y llamó a uno de sus sirvientes

—Traed una túnica nueva, dadle un baño, vestidle y sacrificad al ternero más cebado. Mi hijo que estaba perdido, se ha encontrado y ha vuelto a casa. Hemos de festejarlo. Este es un gran día.

El corazón del joven se estremeció frente a tanta bondad. La veneración que ya sentía por su padre, se transformó en profunda gratitud. Siempre lo serviría.

Todos los sirvientes se afanaron para preparar el banquete de recepción del "nuevo nacido".

Mientras tanto el hermano mayor había terminado su jornada en el campo y regresaba al hogar.

—¿Qué ocurre en casa? Pensó. Hay más movimiento que de costumbre. Se oyen cantos, música. ¿Qué se estará festejando? Que yo recuerde hoy no es ningún día especial.

Llamó a unos de sus servidores:

—¿Qué ocurre en casa de mi Padre? ¿A qué se debe esta fiesta? —pregunto extrañado.

—Señor, su padre ha mandado sacrificar al ternero más cebado, estamos festejando el regreso de su hermano menor

—¿Cómo? —No se lo podía creer.

—¡Mi hermano, que ha derrochado todos sus bienes, es acogido en toda magnificencia!

Era tal la indignación que se apoderó de él que se quedó paralizado sin poder decir nada.

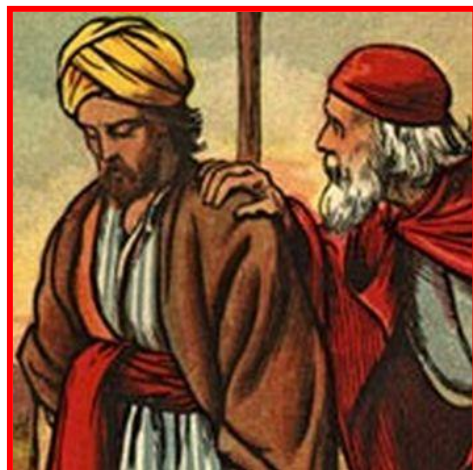
Sentía como la cólera se apoderaba de él.

—No, se decía a sí mismo, no estoy dispuesto a participar, ni a entrar en casa.

Los sirvientes que le acompañaban fueron adentrándose y el padre se dio cuenta que su hijo mayor se quedaba parado delante del portal. Fue hacia él:

—Pasa, hijo mío, ¿a qué esperas? Tu hermano menor ha vuelto, alegrémonos todos juntos de este regreso y de su salvación.

—Padre, ¿cómo puedes acoger a mi hermano, que ha derrochado todo su bien, con los brazos abiertos y organizar una fiesta en su honor? —le contestó el mayor—. He estado siempre a tu lado, te he servido con fidelidad y sin rechistar y nunca, nunca... —dejó un momento de hablar, tomó aliento y prosiguió— nunca me has regalado un



ternero para poder festejar con mis amigos. No puedo entenderlo y no estoy dispuesto a apoyar esto.

—Hijo mío, ¿es que no ves que todo lo mío es tuyo? No necesito regalarte un ternero, puedes cogerlo tú mismo. Tu hermano estaba perdido y ha vuelto a encontrar el camino hacia su verdadero hogar.

—¡No! No entraré mientras él esté aquí —Estas fueron sus últimas palabras. Nunca hasta ahora se había permitido elevar la voz de esa manera y se alejó.

Su padre ya no insistió más, la tristeza nubló su corazón, y se dijo:

—Necesita su tiempo, siempre estaré aquí para cuando me necesité. Regresó a la fiesta, dejando su corazón abierto para el posible regreso del hijo mayor”.

Os dejo esta vez a vosotros que os imaginéis cual el viaje que emprendió el hijo mayor y su desenlace....

Este relato, a Andrés le ayudaba a buscar las estrellas del cielo en la tierra y más de una vez se sorprendió a sí mismo encontrándola siempre en los corazones humanos.

Mirar con bondad los tropiezos de la personas y los suyos propios y aprender de ellos era la clave. Y cuando se le olvidaba, pues, esto una y otra vez vuelve a pasar, tenía un medio infalible que le había enseñado su maestro:

En el silencio recogerse.
En la quietud, su corazón mirar
para con intensidad reavivar
su lazo de unión
con la fuente de Amor
que creó la humanidad...
Y así seguir fiel a su estrella.

Y ¿esto? Es hacer "Religión", así de sencillo y de llano.

No olvidéis cada día con papá, mamá y los hermanitos o solos, si ya soy más mayores de cuidar esos momentos y dialogar con vuestra estrella, pues, ella tiene mucho que contarlas...

Hasta el próximo domingo y recordad de buscar los nombres de los Apóstoles que faltan.

Un gran abrazo

Nicole.

Nicole Gilabert, sacerdote de la Comunidad de Cristianos en España.

Agosto 2020.